

Introducción

¿Se ha detenido alguna vez a considerar quiénes son las personas a las que dedica mayor energía? ¿Y quiénes son aquellos de los que más espera? ¿Podría dar los nombres de los seres a los que más ama? ¿Y ha pensado también quiénes son los que más profundamente le han decepcionado en determinados momentos de su vida? ¿Incluso los que a veces, sólo a veces, le hicieron sufrir más? Si lo desea conteste a estas preguntas, y es posible que se lleve una sorpresa. Los nombres que surjan en sus respuestas quizá sean los mismos en unos y otros casos. En efecto, los de sus familiares más cercanos. No se asuste. No se sienta un monstruo. Al contrario, muy posiblemente lo único que esté haciendo es comprobar que es usted normal, que lógicamente son su pareja, sus padres, sus hijos, sus hermanos, la gente a la que más quiere. Todos ellos, paradójicamente, son también quienes más daño le han podido causar. Incluso quienes más le molestan. Y es que están SIEMPRE tan cerca, ¿verdad?

La prueba de que es usted un ser normal se la proporciona un dato estadístico que quizá le sorprenda: ¿sabe cuál es la noche del año en la que más intervenciones tienen que realizar la policía y los servicios médicos de cualquier ciudad? ¡La noche del 24 de diciembre, la Nochebuena, la

noche de paz! Sí, esa noche en la que, por fin, y a veces después de mucho tiempo sin verse, las familias se reúnen en pleno. Y es que, por desgracia, pero inevitablemente, durante esa celebración que se realiza para compartir el amor de los más próximos, es también cuando afloran las rencillas, los rencores, las rivalidades que en el seno de toda familia están ahí, adormiladas, como un monstruo dormido que espera a que le llegue el momento de despertar y atacar. Situaciones de enfrentamiento que casi todas las personas han visto reproducirse también en los otros encuentros familiares: bodas, bautizos, los cumpleaños de los abuelos... Incluso no es raro que nos encontremos trasladados a pequeños campos de batalla durante esos fines de semana en los que vamos a comer a casa de padres o suegros con la mejor voluntad de compartir unas horas con los seres a los que, sinceramente, más queremos.

Y es que, desengañémonos, esa gente que sentimos tan cercana, que conocemos tan bien, y que nos siente tan cercanos y nos conoce tan bien, precisamente por ello es la que más amor nos puede dar, pero también la que más puede alterar nuestros nervios. Sin duda, y en toda la extensión de su doble sentido, cada uno de nosotros nos sentimos **LOCOS POR LA FAMILIA**.

Conscientes de ello, con esta obra buscamos ayudarle a conocer mejor y a disfrutar, por tanto más, de ese maravilloso, pero también envenenado regalo, que es para cada uno su propia familia. Para cumplir este fin hemos decidido crear una familia con unos personajes de ficción. Pero desde la primera página se le revelará que esos seres son reales como la vida misma y descubrirá rasgos en ellos que le llevarán, sustituyendo los que les hemos colocado

aquí, a darles nombres de personas que usted conoce muy bien. Quizá su propio nombre, o el de su pareja, o el de sus hermanos, o el de sus amigos... Y ello porque sobre esta familia de ficción hemos lanzado muchos de los problemas familiares típicos, y alguno no tanto, que sufren la mayor parte de las familias de una sociedad como la española actual.

Pero, además, la persona, y la familia por extensión, atraviesa a lo largo de su existencia una serie de crisis inevitables, e incluso deseables. Crisis que nos llevan a cambiar, que podemos incluso vivir como un drama, pero que resultan necesarias porque nos ayudan a veces a crecer. En esta mirada que le proponemos echar sobre el mundo de la familia asistiremos también a esas crisis. Algunas personales, causadas por el insatisfactorio desarrollo de los sueños de juventud, la toma de conciencia de nuestras propias limitaciones, o por el simple envejecimiento. Y otras, crisis de grupo; como las crisis de la pareja, atacada por la cotidianidad, la desaparición del deseo y la llegada de unos hijos queridos, pero que a veces se pueden convertir en una carga tan pesada que rompen el mundo íntimo del hombre y la mujer. Le proponemos también revisar y reflexionar conjuntamente sobre las dificultades para relacionarse con padres posesivos y autoritarios o, al contrario, demasiado condescendientes; o prestar atención a ese mundo siempre igual y siempre cambiante que es el de los adolescentes; o detenernos en el difícil mundo de los hijos «medianos», esos pobres que quedan «en medio» y que tan a menudo sienten que no son los favoritos de nadie, sino los patitos feos; las relaciones de amor/odio entre hermanos porque siempre hay uno que es más «inteligente», más vivaracho, más guapo...

En fin, ¿quiere pasar a conocer a nuestra familia? O, lo que es lo mismo, ¿quiere pasar a conocer mejor a su propia familia? Si es así, si se anima, le esperamos al otro lado de la página.

1

La ansiedad me mata

(Jorge)

—¿Que por qué he venido a verla?

El hombre se sorprendió ante aquella pregunta, en apariencia tan simple, pero que, se dio cuenta de inmediato, le resultaba por alguna razón muy difícil de contestar.

—Muy bien no lo sé —se escuchó decir a sí mismo, y supo mientras pronunciaba esas cinco palabras que a un tiempo era sincero y mentía—. Bueno, un viejo amigo me ha dicho que quizá usted podría ayudarme... En realidad, no sé en que puede ayudarme. Porque a mí no me pasa nada. O eso creo. En todo caso no es más que una tontería, posiblemente.

Si había acudido a la consulta algo nervioso, ahora empezaba a sentirse abiertamente incómodo. Vestía un traje impecable, pero clásico, sin embargo el pelo revuelto y unos rasgos en los que aún se percibían con claridad restos de los trazos de una atractiva cara juvenil le hacían aparentar algo menos de su edad real, cuarenta y cuatro años.

—Lo que sucedió fue que le conté a Mario lo que me pasó. Mario es mi amigo de la infancia, ¿sabe? Y Mario es médico. Bueno usted conoce a Mario, ¡claro! Pues le conté

a Mario que hace unos días, por la mañana, cuando iba camino de mi empresa, empecé a encontrarme mal. Francamente mal. Se va a reír. Como Mario. Mario se echó a reír cuando se lo conté. Pero yo estaba convencido de que me estaba dando un infarto.

Que la psicoterapeuta aquella no moviera un músculo de la cara ante su confesión, que pareciera que le tomaba en serio, le molestó más que si se hubiera echado a reír. ¿No iba a ayudarle a desdramatizar semejante estúpida confesión? Escapó del vacío que encontró donde esperaba hallar un gesto de complicidad, incluso de cierto desdén, retomando su narración lo más rápidamente posible.

—Yo no había salido de casa ese día con ninguna preocupación especial. Al contrario, no tenía una reunión hasta las diez y media. Siempre esta época del año, el final de la primavera, resulta relativamente tranquila en el negocio al que se dedica la empresa para la que trabajo. Tan sólo me esperaba una visita a un cliente, en la que, eso sí, me iba a acompañar el director comercial. Me había despertado pronto y me había aseado y desayunado plácidamente, lo que no siempre puedo hacer. Salí de casa muy relajado, ya le digo, y cuando cogí el coche para acudir al trabajo iba sobrado de tiempo. No sentía la más mínima tensión. Sin embargo, cuando llevaba conduciendo unos quince minutos comencé a sentir que no podía respirar bien. En el estómago se me hizo un nudo, como si tuviera algo muy pesado dentro, que me oprimía. Me esforcé todo lo que pude por respirar profundo, pero no lo lograba. Al contrario, cada vez notaba que entraba menos aire en los pulmones. Comencé a sentirme mareado, así es que, a pesar del frío, bajé todas las ventanillas del automóvil. Pero el malestar, lejos de remitir, se ace-

leraba. Reconozco que empecé a asustarme de verdad cuando, de repente, el pecho comenzó a dolerme. Y también el brazo izquierdo que, paradójicamente, al tiempo sentía como adormecido. Pensé en echarme a un lado de la carretera, pero ya estaba en la autopista, porque yo trabajo en uno de esos polígonos industriales que se han creado en las afueras de la ciudad. Los demás coches pasaban a toda velocidad junto a mí. Me sentía dentro de un río que me arrastraba y en el que perdía cada vez más el control. Sin duda suena a melodramático, pero entonces pensé que si me paraba en el arcén quizá me muriera allí, sin que nadie se diera cuenta, sin que ni uno solo de los ocupantes de aquellos coches que me rodeaban a cientos se detuviera a ayudarme. Me imaginé de esa forma, sentado en mi asiento, caído contra el volante. Así es que, aunque quizá suene a insensato, como estaba ya apenas a cinco minutos de mi empresa, tomé la decisión de acelerar y llegar allí para acudir al centro médico que tenemos. Lo sé, pude haber causado un grave accidente, pero en ese momento, cuando temes estar muriéndote... Las piernas apenas me sostenían cuando crucé el control de seguridad de la entrada; me imaginaba tambaleándome, incluso, aunque saludé como si nada pasara a dos compañeros con los que me topé y ellos no dieron muestras de notar ninguna señal extraña en mí. La médica de la empresa, cuando al fin llegué al consultorio y le conté lo que me estaba pasando, sí pareció entender la gravedad del estado por el que atravesaba. Me pidió de inmediato que me tumbara en la camilla y me auscultó y me tomó la presión sanguínea. Me encontraba bien, me dijo para mi sorpresa, tan sólo algo alterado. Pero me debió de ver tan descompuesto que me sugirió que reposara allí unos minutos y me trajo una

pastilla que me dio con la orden de que me la pusiera bajo la lengua y dejara que se fuera disolviendo. No sé qué tenía aquella pastilla, pero de inmediato me fui tranquilizando y recuperé poco a poco la respiración normal. Yo estaba perplejo. Aún notaba el brazo izquierdo como acorchado, pero respiraba ya sin dificultad. La médica regresó y de nuevo me tomó la tensión arterial y me auscultó. Me dijo que no encontraba nada anormal en mi organismo, tan sólo el pulso ligeramente acelerado, y que quizá había tenido un ataque de angustia, pero que si volvía a encontrarme mal no dudara en llamar al centro médico y pedirían una ambulancia para trasladarme a un hospital.

Mientras le contaba su historia, la psicoterapeuta se había limitado a asentir algunas veces, gesto que él quiso interpretar como de ánimo para continuar su narración. Sin embargo, se sentía algo estúpido, sentado allí frente a aquella mujer, tan distante, que le escuchaba amablemente pero que debía de pensar, se dijo para sí, que era un pobre memo, o algo así. Quizá por ello comenzó a excusarse por estar allí.

—Como puede imaginar, tan pronto como me encontré mejor me di cuenta de lo tonto que había sido. Me había asustado por nada y, seguramente, yo mismo me había provocado los síntomas del infarto, que conozco, como en realidad cualquiera, aunque sólo sea por haberlo visto en tantas películas. A mis compañeros no les dije nada, por supuesto, pero como Mario es mi amigo del alma y es médico le llamé al salir de la reunión. Más que nada para reírnos juntos de mi hipocondría. Y él, en efecto, se rió mucho, pero aun así me pidió que fuera al hospital donde trabaja al día siguiente. «Para hacerte un chequeo por encima —me dijo—, y que

compruebes lo aprensivo que eres. Son los años, Jorge, que te están royendo el cerebro.» Yo intenté resistirme, pero me dijo que no perdía nada. Así es que arreglé mi agenda para el día siguiente y de ese modo poder acudir al hospital. Mario, abusando de la confianza de sus compañeros, me llevó de una consulta a otra, me hicieron electros, análisis, radiografías... Bueno eso, un pequeño chequeo. Quedé con Mario en vernos dos días más tarde para que me diera los resultados. Y la verdad es que llegué a la cita un poco nervioso, pero cuando le encontré me recibió tomándose el pelo, haciendo gestos como si cayera muerto fulminado por un infarto, con las manos agarrotadas asiéndose el pecho, me di cuenta de que los análisis habían demostrado que estoy sano. Estuvimos riéndonos de mi aprensión, pero también de la suya. Es cosa ésta de hombres ser tan miedosos ante la enfermedad, ¿verdad? Seguimos conversando un buen rato, y al final él me dio una receta para comprar un ansiolítico y me aconsejó que, de todas formas, si volvía a sentirme mal, viniera a verla. Es usted conocida de él, me dijo, y añadió que quizá podría ayudarme. Y por eso he venido. Ya ve, como empecé diciendo, en realidad no me pasa nada.

—Entonces, ¿usted ha vuelto a sentirse mal, a tener otro episodio como el que vivió camino de su trabajo?

Le pareció que aquella mujer se mostraba tan distante que comenzó a molestarle. ¿No era acaso la amiga o, al menos, la conocida, de su amigo?

—No, no ha vuelto a sucederme. Tiene usted razón, Mario me dijo que si volvía a pasarme. Pero no sé, aun así la he llamado... ¿Qué raro, verdad?

Se sintió como un idiota. Era verdad, no había vuelto a tener esa sensación de infarto imaginario. ¿Por qué la había

llamado entonces? Claro que sentía a veces pinchazos en el pecho, o en los costados, o pequeños ahogos cuando menos lo esperaba, en el cine, o mientras comía, o en medio de la más intrascendente conversación, y era verdad que más de una noche se había despertado inquieto y había ido al baño a tomar aspirinas, porque un amigo que sufrió un amago de infarto, éste real, le dijo que le habían recomendado tomarlas para prevenir ataques cardíacos. Y luego estaba aquello otro. Pero eso no pensaba contárselo. Casi le avergonzaba, y era una estupidez que nada tenía que ver con su miedo a morir. Ni siquiera a Mario le había hablado de aquello. Ni, desde luego, a Mónica, su mujer, le había descubierto lo de las pequeñas crisis que llevaba padeciendo desde antes, incluso, de que viviera el episodio de aquella mañana camino del trabajo.

—¿A qué tipo de crisis se refiere?

No podía creerlo. Mientras se decía que no pensaba contarlo, como si dentro de él hubiera otro, un bocazas, no, peor aún, un tipo realmente asustado, había soltado lo de las crisis a aquella mujer que le miraba desde allá lejos, con su tibia amabilidad y que ante su confesión involuntaria ahora le preguntaba.

—No es nada, realmente no tiene nada que ver con esto. Es que últimamente..., bueno, quizá los últimos dos o tres años, noto que me ha cambiado el humor. Que tan pronto estoy contento como extrañamente..., cómo le diría, intranquilo.

—¿Triste?

—Sí, quizás es eso. Bueno, no triste. Me apetece estar más tiempo solo. Salgo menos también. Pero son los años. Ya no deseas seguir saliendo tanto como antes, me aburro en

medio de toda la cháchara de los amigos que antes a lo mejor me divertía. Y sí, estoy más irritable, prefiero recluirme en mí. Mónica se queja, dice que estoy huraño con los niños... Tengo tres hijos, ¿sabe? Pero me gusta eso. Un buen libro, o una buena película en la televisión. Vamos, más que crisis es que he cambiado. Imagino, ya le digo, que son cosas de los años. Eso es normal, ¿no?

Intentaba desandar el camino por el que le había metido el bocazas atemorizado que llevaba escondido en su interior. A él mismo sus comentarios le resultaban poco convincentes. Sabía que tenía pocas posibilidades de escapar de aquel lío. Se echó atrás en su asiento. En realidad hubiera preferido levantarse e irse. Pensó seriamente en hacer eso, levantarse e irse. Sin embargo, esperó, allí inmóvil, a que aquella mujer le hiciera la pregunta que veía venir, inevitable.

—¿Y cuando se dan esas crisis está también tranquilo, como cuando sufre los ahogos, y los pinchazos en el pecho y los demás trastornos físicos.

—Sí. Bueno, sí, siempre estoy solo. Pero han sido muy pocas veces.

—¿Me quiere contar cómo fue la primera vez que le pasó una de esas... crisis?

No, no quería. Ya le había dicho que no tenía nada que ver con lo que él había ido a contarle, así es que no, no quería hablar de aquello. Y sin embargo, no se sorprendió cuando empezó a escucharse decirle que «en realidad todo fue una tontería, que él estaba en su habitación buscando...»

—... estaba buscando... Fue una tontería, yo creo que simplemente me pilló con la guardia bajada. Bueno, le decía que estaba buscando algo en el armario. No recuerdo qué.

Y levantando prendas apareció un jersey azul. Un jersey muy viejo, que tenía completamente olvidado. Un jersey que compré hace al menos quince años... No, qué digo, mucho más. Al menos veinte años. Quizás incluso alguno más. Lo compré en Berlín en un viaje increíble que hice por toda Europa con los billetes esos de tren para estudiantes. ¿Sabe de los que le hablo? Pero, bueno, no le voy a distraer con eso. Pues ya ve, estaba debajo de un montón de ropa, el jersey, ropa que hace meses, incluso años que no me pongo y que se ha ido acumulando allí porque da no sé qué tirarla. Yo nunca tiro nada, ¿sabe? Mónica siempre me lo está diciendo. Me dice que acumulo y acumulo, que soy incapaz de desprenderme de nada. Y ahora me doy cuenta de que tiene razón. No se pueden guardar las cosas. Porque aquel jersey azul..., se va a reír cuando se lo cuente, aquel jersey azul me hizo llorar. Como lo oye. Me da un poco de vergüenza decírselo, porque pensará que soy un blando, o que estoy loco, pero no pude evitar ponerme a llorar al encontrarlo... ¿No es extraño?

Ante su pregunta retórica ella se limitó a contestar con un gesto que podría ser de comprensión, quizá sí, quizás aquello le había parecido extraño, pero no se apiadó, no le dejó escapar, levantarse e irse, como él hubiera deseado.

—¿Y por qué cree usted que se echó a llorar al ver su viejo jersey?

¿Cómo decírselo? Jorge buscaba palabras para contar lo que no entendía, pero resultaba casi imposible hallar las adecuadas. Cómo explicar la tristeza que sintió ante aquel jersey, pero a la que era incapaz de dar un nombre. La pena que sentía por sí mismo, ¡la conmiseración que incluso le gustaba sentir por sí mismo! Después se odiaba por verse así. Se

sentía como una de esas lánguidas protagonistas de novelas románticas. O como la estrella de una de esas comedias sentimentales que tanto le gustaban a Mónica, su mujer. Sí, como una especie de Meg Ryan. Él, Meg Ryan, tan cercana siempre a la sonrisa sin razón y a la lágrima a la mínima razón.

De repente, mientras hablaba para sí, se dio cuenta de que el silencio comenzaba a pesar, de que le avergonzaba. Y su papel allí era el de hablar. Tenía que decir algo. Y dijo lo que pensó que era lo primero que se le ocurría, como si fuera algo espontáneo, como si casi no tuviera que ver con él, como si hablara del tiempo:

—En realidad, lo que sucede es que he fracasado. Soy un fracasado.

Cuando se escuchó a sí mismo diciendo aquello se echó atrás en el sillón en el que se sentaba y quedó atónito y en silencio. No entendía. ¿De dónde había sacado semejante idea? ¿Y la decía delante de aquella mujer a la que acababa de conocer? Por salir del paso, por romper el silencio, había hecho una revelación que se había negado a sí mismo, pero que durante años había estado ahí, tras sus ojos, ocultándose a su vista, pero cada vez dejándose notar más. Había confesado. Pensó en otro día en el que se sintió igual de incómodo; en cierto modo, igual de expuesto. Él había dejado de ser creyente de muy niño, quizá nunca había creído, pero cuando tenía unos trece años, después de vivir en la iglesia de su barrio una terrible experiencia durante una confesión, definitivamente perdió la esperanza no sólo de encontrar la fe, sino también el deseo de acudir a misa. Ahora, sin embargo, casi echaba de menos aquel confesionario, donde aunque de rodillas, cuando confesaba que mentía a sus

padres o deseaba a la hermana mayor de su mejor amigo, lo hacía a oscuras y en casi soledad, sin la presencia física del sacerdote, sin tener sus ojos escrutándole justo enfrente.

Ante el nuevo silencio que había nacido tras su confesión no se le ocurrió otra cosa que sonreír; quizás así, pensó, aquella mujer le ayudara a superar este momento en el que su único deseo era de nuevo, como tantos años antes hizo tras aquella confesión, levantarse y no volver a ponerse en una situación semejante. Pero la terapeuta se limitaba a mirarle inexpresiva y a dejar que el silencio continuara amontonándose entre ellos. Las palabras.

—Bueno, no sé... Mi vida no es como pude imaginarla en otro tiempo, pero en realidad creo que he dramatizado. A lo que se ve, últimamente tiendo a caer en exageraciones. Yo no soy un fracasado. Cualquiera lo puede ver. Tengo un trabajo bueno. Soy subdirector del departamento comercial de mi empresa. Mis jefes me consideran, y mucho. Y mis compañeros. Y mis amigos me quieren. Y, sobre todo, tengo una familia maravillosa.

—Seguro que sí —le dijo aquella mujer en un tono en el que él, por primera vez, creyó recibir un gesto de simpatía—. Por cierto, imagino que ya lo hablaría con los médicos que le revisaron en el hospital, pero ¿me puede decir si alguien en su familia ha padecido enfermedades cardiovasculares?

No hizo falta que él lo contara a los médicos. Mario, su amigo, ya lo sabía y se adelantó a explicarlo a sus colegas antes que él. «Hay un precedente», les decía y resumía el historial del corazón de la familia.

Jorge, el padre de Jorge, que había decidido pasarle, entre otras cosas, su nombre, había muerto de un infarto cuando

aún era relativamente joven, cumpliendo un extraño destino que él mismo se había marcado. La saga tenía mucho de argumento de tragedia griega. El abuelo de Jorge, también llamado Jorge, había fallecido justo en los primeros meses de la posguerra civil, apenas unos días después de cumplir los cuarenta años. El deceso se produjo de manera inopinada y por razones no muy claras, pero que en la familia habían pasado a resumirse con una palabra cargada de ecos decimonónicos: «alferecía». En realidad, cuando Jorge le preguntó alguna vez por ello, la lógica había llevado a Mario a aventurar que su abuelo posiblemente habría muerto a causa de un derrame cerebral, quizá debido a la rotura de algún aneurisma. En cualquier caso, no era aquel de la posguerra un tiempo en el que se indagara mucho sobre las causas de las muertes, y Jorge, el padre de Jorge, se obsesionó con que, al igual que su progenitor, él también moriría antes de cumplir los cuarenta años a manos de la «señora» alferecía. Entusiasmado con el fracaso de su profecía, y cumpliendo una vieja promesa, el día de su cuadragésimo cumpleaños, Jorge reunió a toda la familia y un espléndido día a inicios del mes de mayo les ofreció un gigantesco banquete en un restaurante de un pueblo cercano a la ciudad. Una celebración por todo lo alto a la que no quedó sin acudir nadie. Jorge hijo asistió, aún niño, a las bromas que su padre tuvo que soportar del resto de la familia por su, como quedaba demostrado, infundado fatalismo, y comprobó cómo el hombre, sonriente y complacido por el afecto que en realidad las empapaba, hacía frente de manera paciente a todas aquellas chanzas de las que, de vez en vez, apenas se defendía respondiendo que a pesar de todo aún tenía tiempo de morir joven. Irónicamente, a pesar de que superó la barrera que

él mismo se había puesto, la de la edad de su padre, Jorge no llegó a cumplir los cincuenta años. Un infarto partió su corazón antes de que acabara de recorrer la cuarta década de su vida. Todo esto, que conocía Mario y que había resumido a sus colegas en el hospital, le contó Jorge a la terapeuta.

Ella, que de vez en cuando tomaba notas en un cuaderno de anillas de lo que él decía, se limitó a reducir su narración a apenas media docena de palabras que él no pudo distinguir, y, una vez más, le sonrió. Pero esta vez sí, esta vez no tenía dudas, la sonrisa era abierta; aquel gesto de la mujer le llegó como si se hubiera levantado y le hubiera colocado la mano en el hombro. Así de cálida la sintió.

—Antes me dijo que tiene una familia... ¿Cómo la calificó? Maravillosa, dijo, ¿verdad? ¿Me quiere hablar de ellos, de su familia, de su esposa y sus hijos, o prefiere, quizá, que dejemos esto para el próximo día?

—Sí, claro, el próximo día si quiere hablamos de mi familia. Son lo mejor que tengo.

Se levantó. Se encontraba un poco mareado. Pero no creyó que ella se lo notara. Seguro que le preguntó por su mujer de forma casual.

—¿Su esposa está fuera?

—No, he venido solo...

—¿Y le ha dicho a ella que venía a verme?

—No. No. Esto es una crisis por la que paso yo y que no tiene por qué afectarle a ella. Creo que se preocuparía demasiado, seguramente... ¿No le parece?

La terapeuta le dio la mano y le dedicó una última sonrisa amplia. La sintió, por fin, sin rémoras, como una cómplice. Al salir pensaba que acababa de vivir quizás una de

las horas más incómodas de su vida, pero al tiempo se encontraba como embriagado. (No habría sabido explicar el porqué, pero se le ocurrió comparar aquella sensación a la que vivía de joven cuando se fumaba un canuto.) Y también estaba de alguna manera orgulloso de sí mismo, se había atrevido a ir y a decir aquello. Era en cierto modo como cuando en el gimnasio hacía ejercicio hasta agotarse por completo. Salía dolorido, sintiendo su cuerpo desfallecido, pero extrañamente ligero, liberado.